
DOS LEYENDAS

[Subtítulo del documento]

A lo largo de estos años me han llamado de todo: Aparición, fantasma, sirena, lamia, hada, bruja de la montaña, pastora de la Laguna... Creo que lo de pastora de la Laguna es lo que más me gusta y en lo que mejor me reconozco.

El oficio de pastora me vino de familia, y la verdad es que siempre se me dio bien, me gustan los animales, todos los animales, cuidarlos y protegerlos. Ya siendo niña, en el pueblo, me encantaba acompañar a padre a llevar a las ovejas a pastar. Las conocía a todas perfectamente. Cada una era diferente y tenía sus peculiaridades, su carácter, sus manías, y yo entendía mejor que nadie lo que querían decirme por medio de sus balidos, de su forma de moverse y de frotar la cabeza contra mis piernas pidiéndome mimos. Así que en cuanto padre empezó a hacerse mayor y las rodillas y la vista empezaron a fallarle, yo me hice cargo del cuidado del rebaño.

Con frecuencia echaba a andar monte arriba, horas y horas, atravesando los pinares y remontando senderos entre jara y matorral hasta llegar a la Laguna de Peñalara, la Laguna Grande. De entre todos los lugares a los que solía llevar al rebaño a pastar, aquel era sin dudar mi favorito. La hierba de aquellos pastizales nacía tierna y suave, llena del aromático frescor alpino de la montaña. Las ovejas y sus borreguitos disfrutaban mordisqueando golosamente brotes y flores silvestres mientras yo me dedicaba a disfrutar de aquellas maravillosas vistas, los picos de Peñalara y Hermana Mayor reflejándose sobre la superficie de espejo de la Laguna. Todos mis sentidos se abrían entonces hacia la vida que rebullía a mi alrededor. Cantaban los pájaros, el aire era puro, casi balsámico, y águilas y buitres negros planeaban mansamente en lo alto, sobre los riscos

Una de aquellas tardes me entretuve más de la cuenta en la pradera y se hizo tarde para volver a casa. Hacía frío ya y los días eran cada vez más cortos. Pronto las laderas estarían cubiertas de nieve durante meses. El agua de manantiales y lagos dejaría paso al hielo, formando preciosas esculturas de cristal. Soplaban un airecillo cortante. Empecé a dar voces y silbidos para agrupar a las ovejas, y mientras iba poniendo en movimiento al rebaño las fui repasando con la vista para comprobar que estaban todas y ninguna se quedaba rezagada. Fue entonces cuando eché de menos a uno de los corderos más jóvenes, y volví la vista hacia atrás, preocupada.

El cielo se estaba poniendo cada vez más oscuro y sabía que tenía que emprender el camino de vuelta ya mismo, pero me resultaba imposible dejar allí, a merced de la noche y de los peligros, al pequeño cordero. Cuando escuché sus balidos y sus chapoteos desde el agua, no me lo pensé y eché a correr hacia la Laguna adentrándome en su negrura.

El agua no es que estuviera fría: estaba helada. Me pinchaba sin piedad como miles de pequeños alfileres clavándose todos a la vez, congelándome las piernas y los brazos. Mientras braceaba e intentaba tantear, a ciegas, al cordero perdido, sentía que me iba hundiendo bajo un remolino de sueño y agua helada y negra. Y eso fue todo lo que recuerdo de mi vida anterior. Breves instantes.

El paso al otro lado no es brusco ni causa dolor, al menos así lo viví yo. Tan solo es raro, extraño, es como atravesar una membrana acuosa y flexible. Al cabo de un rato sientes ligereza y vacío, y te das cuenta de que ahora que estás muerta el mundo ha cambiado para ti. Los colores son diferentes, un poco menos brillantes, y los sonidos llegan como amortiguados. Moverse se hace raro porque no pisas el suelo, de alguna manera te deslizas sobre él.

No sé cómo volverían las ovejas a casa, pero intuyo que supieron volver, las ovejas, en contra de lo que se dice, son muy listas. Incluso el cordero perdido, que finalmente consiguió salir del agua, supo volver a casa. Padre y madre se quedarían muy preocupados y me entristece pensar que después se quedarían completamente solos, porque yo era su única hija.

Durante mucho tiempo me sentí culpable por no haber sido más prudente y darles este disgusto, pero pienso que padre, que había sido pastor, seguramente acabó entendiéndolo: él, como yo, amaba a los animales, y es imposible no arriesgarte por aquellos seres a los que quieres. Creo que él hubiera hecho lo mismo.

Lo peor, al principio, fue acostumbrarme al frío y a la oscuridad del interior de la Laguna. Con el tiempo he descubierto que bajo la superficie existe otro mundo subacuático misterioso y oculto a la vista, y he asumido su reinado, y, con él, la misión de cuidar de que nada amenace su calma eterna.

Durante el día, cuando luce el sol en el cielo, permanezco debajo del agua, tomo forma y velocidad de corriente y recorro su fondo sin cesar en toda su extensión, exploro cada rincón y cada pequeña oquedad, como una sirena de agua dulce, vigilo y cuido de que todo esté en orden.

Cuando llega la noche es mi momento de salir al exterior. La luz de la luna no da calor, como la del sol, pero es la que única que ahora puede iluminarme. La pradera de la laguna parece de plata bajo sus rayos, y a ella se acercan ciervos, zorros, jabalíes, topillos... Ululan las lechuzas desde el bosque cercano. A lo lejos aúllan los lobos

Solo hay una noche del año en la que soy visible a los ojos de los demás, y es la noche de difuntos. Así comenzó mi leyenda, a base de avistamientos, y eso que realmente es muy poca la gente que me ha visto de verdad y mucha la que se ha sugestionado y se ha imaginado verme. Algo parecido le ha pasado a Fernando con su leyenda, y es que a veces no somos dueños ni de la propia historia que nos ha hecho protagonistas sin buscarlo ni pretenderlo.

Las cosas ocurren a menudo así, por pura casualidad, no hay lógica ni razones que lo expliquen, simplemente suceden, y nuestro encuentro fue una de esas casualidades caprichosas de la vida. O de la muerte, según como y quien lo plantee.

No me gusta dejarme ver, la reacción de la gente normalmente nunca es buena. Pero aquel hombre encorvado, sentado sobre las piedras, parecía cansado y triste, casi tan solo como yo. Calentaba sus manos frente a una pequeña hoguera que alimentaba con ramitas secas. Me acerqué despacio y me senté junto a él. Aunque no podía sentir el calor del fuego, el chisporroteo de las llamas me traía recuerdos de tiempos pasados. Comenzamos a hablar de nosotros.

Aquella noche Fernando, según me fue contando, se encontraba bastante desanimado. Con los años van llegando las crisis, y al echar la vista atrás no sabes exactamente en que momento exacto la vida se va torciendo y te va alejando del camino recto. Si fue por desamor, por hartazgo o por afán de aventura no lo tenía del todo claro, solo sabía que llegados a este punto la vida de bandolero cada vez le pesaba más, que echaba de menos a sus padres, ya

mayores, y que recordaba con mucha nostalgia sus años de niñez y juventud en Santo Domingo de Pirón, su pueblo.

Siempre fugitivo, sin poder echar raíces en ningún sitio ni establecer una familia a la que proteger y en la que apoyarse. Sin nadie en quien confiar. Últimamente sentía que hasta los de su banda le estaban fallando. Fernando sospechaba especialmente de uno de ellos al que le llamaban “el madrileño”, su instinto le decía que debía tener especial cuidado con ese tipo. Muy serio, me contó como pasaba las noches escondido en su cueva secreta del árbol, pensando que cualquier día le atraparían allí dentro desprevenido e indefenso, y apenas podía dormir, porque la idea de la traición le obsesionaba. Precisamente pensando en estas cosas había pensado buscar un nuevo refugio por los alrededores de la Laguna. Le dolía tener que dejar el escondite del olmo de Rascafría, pero estaba seguro de que cualquier día el “madrileño” soltaría un chivatazo.

Los días de asaltar carruajes y diligencias por las cañadas a punta de trabuco iban quedando cada vez más atrás. Ahora prefería ir solo, robaba lo justo y solo allí donde sabía que sobraba y que no se pasaba necesidad. Me confesó que esta había sido una de las razones de las desavenencias con “el madrileño” y con el resto de los demás bandoleros. No estaba orgulloso de haber elegido vivir al margen de la ley, pero el, que había nacido en una familia muy humilde, tenía muy claro que por nada del mundo privaría de su sustento a ningún necesitado, aunque eso significase dormir muchas noches con el estómago vacío.

Tenía además sus debilidades, y sonreía cuando me lo contaba. Una de ellas son los animales, que le gustan mucho, y eso es algo que los dos tenemos en común. La otra, son los niños. Con emoción, Fernando me contó uno de los recuerdos más especiales que conservaba: el de aquel día en que se encontró por los caminos, muy temprano, a un chiquillo conduciendo un burrito, temeroso hasta de su propia sombra. Fernando le preguntó: ¿A dónde vas tan temprano, chico? Y el niño, atemorizado, le respondió: Trato de evitar al Tuerto Pirón. Dicen que si le encuentro me robará el borrico y el cereal.

Entonces a Fernando, según me dijo, se le humedecieron los ojos y sintió una punzada de ternura. Sacó dos monedas de oro de su bolsa, de las del último

pillaje, y se las alargó: Toma. Así no podrás temer que el 'Tuerto' pueda robarte porque el 'Tuerto' soy yo.

Lo peor de estar muerta, al principio, fue acostumbrarme al frío. Pero el frío, como el dolor, no dejan de ser sensaciones físicas a las que te acostumbras, y una vez que me acostumbré, lo peor comenzó a ser la soledad. La soledad de la eternidad puede llegar a ser insoportable.

De todas formas y tomando distancia para pensarlo, el tiempo es a la vez eterno y a la vez un instante. Casi ha pasado un año desde nuestro primer encuentro, Los días han pasado volando. Hoy es 31 de Octubre y volveré a hacerme visible de nuevo, ese pequeño milagro que me sucede de año en año. Si todo va bien y ha conseguido evitar que le apresen, Fernando estará esperándome esta noche, fuera del agua, sentado en alguna piedra al borde de la laguna. Entonces podremos charlar de nuevo durante una noche entera, hasta que casi amanezca, y hacernos compañía mutuamente. A él no le importa que yo esté muerta ni a mí que él sea un bandolero, simplemente no nos hacemos preguntas. Somos dos solitarios extraños convertidos en leyendas de la Sierra.